

11. SALIR DEL LABERINTO

Hay suficiente luz para aquellos que solo desean ver y suficiente oscuridad para aquellos de disposición contraria. (Blaise Pascal)

Cómo concebimos el mundo y el universo, cómo nos concebimos a nosotros mismos, cuál pensamos que es nuestro papel en la vida, todo eso que constituye nuestra «cosmovisión», es de la máxima importancia. Según lo que pensemos que somos, así nos comportamos y así nos transformamos a nosotros mismos. La sociedad moderna otorga un lugar central a la economía, a la vida social y política, y sostiene que encontrar o no un sentido a la vida es un asunto privado de cada cual en el que la sociedad no tiene nada que decir. Esto es una falacia: la sociedad, a través de los medios de comunicación, la escuela, la universidad, las palabras de sus personajes más importantes, repite una y otra vez que el mundo consiste en lo que se puede ver y estudiar científicamente y que la vida tiene como única tarea realizar actividades prácticas y útiles (cuya base es la economía) y disfrutar de las cosas, sin necesidad de buscar más allá de lo aparente.

Una persona, por acción u omisión, siempre tendrá una cosmovisión, una forma de concebir la vida. Huston Smith lo explica así:

Tener o no tener una visión del mundo no es una opción, pues la visión periférica siempre condiciona a lo que estamos prestando atención focalmente, y la «visión» conceptual no se puede separar de la periferia. La única elección que tenemos es ser consciente de nuestras visiones del mundo y criticarlas en lo que necesiten ser criticadas, o bien dejar que nos afecten sin darnos cuenta y consentir en vivir nuestra vida de forma inconsciente.

A menudo se niega a los profanos el derecho a opinar sobre los descubrimientos científicos. Sin embargo, aun desconociendo los procesos y saberes técnicos, cualquier persona culta puede opinar sobre el marco filosófico donde se insertan esos descubrimientos y a partir del cual se interpretan. De hecho, dada la extrema especialización de la ciencia, cualquier científico es un profano en campos apenas un poco separados del suyo. Según Lewis Mumford:

El científico ha mostrado a menudo incapacidad tanto para la autocrítica como para el autocontrol. [...] Fuera de su campo estrecho puede ser un bárbaro y, hasta el punto en que solo está preocupado por ese campo estrecho, es de hecho un bárbaro.

Según Amit Goswami,

se ha vuelto una mala costumbre de la ciencia reivindicar que la ciencia trata de encontrar una explicación «natural» de los fenómenos, mientras define la «naturaleza» como el mundo de espacio-tiempo-materia.

Seraphim Rose, tras intentar comprender las aparentes oposiciones entre «ciencia» y «religión», observaba:

Empecé a ver que, muy a menudo, lo que se autodenomina «ciencia» no son en absoluto *hechos*, sino *filosofía*, y empecé a distinguir muy cuidadosamente entre *hechos científicos* y *filosofía científica*. [...] La mayoría supone que «la ciencia» sabe

de lo que habla. *Pero no existe algo así como «la ciencia»*: hay distintas «ciencias», cada una con un nivel de exactitud y precisión muy diferente.

Por sus mismas limitaciones, y aunque en ocasiones, avalado por su «sello», el discurso llamado «científico» lo intenta, la ciencia no puede ofrecer verdaderas respuestas sobre el origen —no digamos el significado— del universo, la vida o el hombre, ni tiene nada que decir sobre la consciencia, que es la base imprescindible para cualquier tipo de conocimiento. Como decía Jonah Goldberg, «la ciencia es maravillosa explicando aquello que la ciencia es maravillosa en explicar, pero, más allá de eso, tiende a buscar las llaves del coche allí donde hay buena luz».

Para Rupert Sheldrake: «Parece imposible ser un materialista coherente. El materialismo depende de un dualismo subyacente, más o menos disfrazado»:

La agenda materialista fue una vez liberadora pero ahora es deprimente. Quienes creen en ella están alienados de su propia experiencia; están desconectados de todas las tradiciones religiosas; y son proclives a sufrir una sensación de desconexión y aislamiento. Entretanto, el poder desencadenado por el conocimiento científico está provocando la extinción masiva de otras especies y poniendo en peligro la nuestra. [...] Estoy totalmente a favor de la ciencia y la razón si son científicas y razonables. Pero estoy en contra de conceder a los científicos y al punto de vista materialista una exención del pensamiento crítico y la investigación escéptica. Necesitamos una ilustración de la Ilustración.

El Dalái Lama siempre se ha interesado por la ciencia contemporánea. En palabras suyas:

Aunque no conozco ninguna escuela de pensamiento que proponga explícitamente esta idea [el materialismo científico], parece ser una presunción común no examinada. Este punto de vista mantiene la creencia en un mundo objetivo independiente de la contingencia de sus observadores. [...] El problema no está en los datos empíricos de la ciencia, sino en la idea de que esos datos por sí mismos constituyen una base legítima para desarrollar una cosmovisión integral o un medio adecuado para responder a los problemas del mundo. Hay mucho más en la existencia humana y en la realidad de lo que puede enseñarnos la ciencia actual. [...] Cuando hablo con científicos y filósofos de la ciencia de mentalidad abierta, resulta claro que tienen una comprensión de la ciencia muy matizada y que reconocen los límites del conocimiento científico. Pero al mismo tiempo hay muchas personas, tanto científicos como no científicos, que parecen creer que todos los aspectos de la realidad deben entrar y entrarán dentro del campo de la ciencia.

Arthur Osborne observa:

La mente es un hábil constructor pero un juez sorprendentemente deficiente de los cimientos sobre los cuales construye; demasiado a menudo se construyen teorías lógicas a partir de creencias y prejuicios que se dan por supuestos, y son por tanto inconscientes. [...] A nosotros los intelectuales, historiadores o filósofos nos gusta considerarnos críticos objetivos y distantes, que observan las aventuras de la humanidad en la vida y el pensamiento con una mirada imparcial; pero si observamos cómo los intelectuales del pasado, generación tras generación, han expresado las opiniones de su época y cómo nosotros mismos concordamos con una parte, al menos, de las ideas actuales, esto casi puede hacer que nos sintamos

humildes.

Gandhi decía:

Los racionalistas son seres admirables, pero el racionalismo es un monstruo horrible cuando reclama para sí la omnipotencia. [...] No abogo por suprimir la razón, sino por el debido reconocimiento de aquello en nosotros que santifica la razón.

Y Abraham Joshua Heschel:

La adoración de la razón es arrogancia y delata falta de inteligencia. El rechazo de la razón es cobardía y delata falta de fe.

No hay oposición real alguna entre religión y ciencia, pero sí la hay entre la ciencia y la religión fundamentalista y literalista, así como entre la espiritualidad y el cientificismo. Por esto, hoy en día una cierta proporción de mentalidad científica es muy necesaria para poner freno al fanatismo y la irracionalidad de ciertas formas religiosas que están resurgiendo en el mundo contemporáneo. Pocas cosas son tan peligrosas para la auténtica espiritualidad como la religión de miras estrechas y alejada de toda racionalidad. Pero también muchos paladines de la visión científica, bajo cubierto de «racionalidad» —una racionalidad muy limitada y unilateral—, presentan posturas igualmente fanáticas y «fundamentalistas».

Explicando el pensamiento del antiguo Egipto, John Anthony West expone la diferencia fundamental entre las antiguas cosmovisiones y la moderna:

La gran e irreconciliable diferencia entre las concepciones antigua y moderna es el tema de la consciencia. En todas las concepciones antiguas, la consciencia es la propiedad primordial, aquella que precede a todo lo demás: el Todo o Absoluto es consciente. Es la consciencia la que, en último término, llama al universo a la existencia, y es la consciencia la que, en última instancia, lo sostiene. La ciencia racional no puede aceptar esta idea. La ciencia se ocupa, por definición, solo de lo que puede medir. La consciencia no puede medirse, ni puede ser explicada por ninguna teoría física aceptada por la ciencia. Su existencia, pues, se niega, se ignora o se desecha como un resultado fortuito de conjuntos de células evolucionadas accidentalmente. Desde esta visión, una doctrina que otorgue una posición preeminente a la consciencia se considera primitiva y no científica. Pero lo cierto es que la consciencia es la experiencia fundamental de toda criatura sensible. Sin embargo, apenas se considera la posibilidad de que una ciencia que excluye del estudio a la consciencia pueda ser inadecuada para la tarea de responder a las preguntas fundamentales.

Sin embargo, todo genuino conocimiento interior que pudiera solucionar esta situación y devolver al ser humano un mínimo de equilibrio y armonía interior es descartado. La enseñanza que todos los hombres sabios han dado a lo largo de la historia, las grandes tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad, son casi ignorados en todos los programas educativos. Al mismo tiempo, la enseñanza que se otorga dista de ser neutra, pues conlleva una visión muy concreta. B. Alan Wallace insta a que la educación incluya

las doctrinas y prácticas de las religiones del mundo como algo que debe ser tomado en serio y tratado con respeto. Los estudiantes podrían incluso ser alentados a aprender *de* las tradiciones religiosas del mundo y no solo *sobre* ellas. En las escuelas de hoy en día, sin embargo, las religiones son a menudo tan ignoradas que, tras la educación secundaria, los estudiantes normalmente solo tienen nociones muy vagas sobre cualquiera de las religiones del mundo, salvo que hayan sido educados en un hogar religioso y se les haya enseñado la religión de sus padres. Pero ese mismo estudiante habrá sido bien adoctrinado sobre los principios metafísicos del materialismo científico, sin que ni siquiera le hayan mostrado la diferencia entre esta doctrina y el conocimiento científico genuino. De manera que la así llamada separación entre la Iglesia y el Estado ha hecho que los estudiantes sean educados en una única religión, al tiempo que se les ha hecho creer que esta creencia está totalmente probada por la autoridad de la ciencia.

Mientras tanto, las crisis mundiales se multiplican y todo el mundo lamenta la escasez, o incluso la falta total, de hombres y mujeres «sabios», líderes desinteresados, consejeros dignos de confianza, etc. No es racional esperar tan altas cualidades de personas que no han hecho nunca ningún *trabajo interior*, y que ni siquiera entenderán lo que estas palabras significan. (E. F. Schumacher)

¿Cómo se ha ido separando el mundo moderno de ese hecho universal? El materialismo, la concepción de que solo existe la materia sensible, tuvo sus precursores entre los indios (escuela Charvaka) y los griegos (Demócrito, Epicuro). Conocidos son estos versos charvakas:

Sé feliz mientras vivas. Endéudate bien y disfruta de la comida exquisita. Una vez el cuerpo queda reducido a cenizas, no regresa jamás.

Christopher Hitchens dice:

La religión fue la primera (y peor) tentativa de nuestra especie para explicar la realidad. Era a lo máximo que llegaba la humanidad en una época en que no teníamos la menor noción de física, química, biología o medicina. [...] Hemos tardado mucho en quitarnos de encima este pesado manto de ignorancia y miedo, y cada vez que lo hacemos hay fuerzas que, por sus propios intereses, tratan de obligarnos a ponérselo de nuevo.

Para Hume, «la religión primera de la humanidad surge principalmente de un miedo lleno de ansiedad por los acontecimientos futuros». Y Bakunin:

Todas las religiones, con sus semidioses, profetas, mesías y santos, fueron creadas por la fantasía llena de prejuicios de hombres que aún no habían desarrollado del todo sus facultades, ni estaban en plena posesión de ellas.

Según C. S. Lewis:

Si eres ateo, tienes que creer que la principal característica de todas las religiones del mundo es simplemente un enorme error. [...] Cuando yo era ateo, tenía que intentar persuadirme de que la mayor parte de la humanidad había estado siempre equivocada acerca del tema que más les interesaba.

Arthur Osborne explica que las religiones, lejos de progresar, parten del punto álgido para ir decayendo a partir de ahí.

Las religiones no solo no han progresado, sino que ni siquiera han permanecido estáticas: han declinado. Se dice que tanto Buda como Mahoma declararon que la mejor época de su religión sería la que inmediatamente les seguiría, tras lo cual declinaría. [...] El cristianismo también considera que su cénit fue la primera iglesia. [...] Este es, pues, el curso que siguen las civilizaciones: un período juvenil vigoroso pero austero, un exuberante florecimiento de las potencialidades, y luego un largo declinar, posiblemente detenido temporalmente por nuevas inyecciones de vida. [...] Podríamos decir que la religión tiene dos modalidades: la vertical y la horizontal. Verticalmente es el camino del hombre hacia la Beatitud o la Liberación; horizontalmente es la armonización del individuo y la vida social, y constituye el alma de una civilización. La dimensión vertical es la esencia y la horizontal la substancia. Cuando la dimensión vertical perece, la horizontal se vuelve vacía y está destinada a descomponerse.

Según John Gray:

La religión es un impulso humano tan natural y universal como el sexo. En términos intelectuales, el ateísmo es un fósil victoriano. En términos freudianos, es una forma de represión. Al intentar erradicar la religión de la vida humana, los humanistas están intentando suprimir una necesidad humana básica. Igual que con el sexo, la represión no funciona. El impulso religioso regresa, a menudo bajo formas perversas y grotescas, como el mismo humanismo.

La religión puede ser peligrosa por estar centrada en la concepción del «absoluto»; esta puede mezclarse con elementos de la religión que no lo son: ideas, dogmas, instituciones, moral, etc., que no son, en el mejor de los casos, más que medios o instrumentos. Cuando no se dirige a su lugar propio, el absoluto puede dirigirse también a muchas otras cosas no religiosas: nación, futuro, ciencia, bien de la humanidad o cualquier concepción política o ideal en boga. Pero no por su potencial peligrosidad debemos renunciar al concepto y caer en una visión de «absoluto» relativismo. El concepto de absoluto no puede evitarse, pero hay que dirigirlo a su lugar correcto.

La religión es la mejor de las actividades y el peor de los ídolos. Cuando un rey encarga a un artesano que le fabrique una hermosa copa ornamentada, el artesano no le entrega al rey su caja de herramientas, sino la copa. (Charles Upton)

Sogyal Rinpoche observa:

A veces pienso que el mayor logro de la cultura moderna es su brillante *marketing* del *samsara* y sus distracciones estériles. La sociedad moderna me parece una celebración de todas las cosas que conducen lejos de la verdad, que hacen difícil vivir para la verdad y que incluso disuaden de creer que exista esa verdad. [...] La llave para encontrar una armonía feliz es la simplicidad. [...] De manera que la disciplina es hacer lo que es apropiado o justo; esto es, en una época excesivamente complicada, simplificar nuestras vidas.

Hoy en día, quizá la tarea más urgente sea resacralizar el mundo y la vida. Viviendo en un mundo donde todas las cosas son vistas de manera groseramente profana, nos es muy difícil experimentar el espíritu que las sostiene. Si concebimos las estrellas exclusivamente como cámaras de combustión donde tienen lugar enormes reacciones físico-químicas, ¿cómo podremos maravillarnos frente al cielo estrellado, una de las imágenes que más ha impelido a los hombres a buscar el mundo sagrado? Si pensamos

que el mundo interior del hombre no es sino el resultado de reacciones biológicas, ¿qué interés tendremos en sumergirnos en él? ¿Cómo podremos descubrir el tesoro que se esconde en el interior del alma si ni siquiera creemos en la existencia de tesoros?

En la India, el *Atharva Veda* expone claramente la perspectiva que siempre ha tenido el ser humano: «La Tierra es mi madre y yo soy su criatura». Y el *Shrimad Bhagavatam*: «El éter, el aire, el fuego, el agua, la tierra, los planetas, todas las criaturas, las direcciones del espacio, los árboles y las plantas, los ríos y los mares, todos son órganos del cuerpo de Dios. Recordando esto, un devoto respeta a todas las especies».

¿Por qué es sagrada la naturaleza? ¿Por qué es sagrada el alma humana? ¿Qué quiere decir «sagrado», un concepto o sensación que ha existido siempre pero que es tan difícil de definir? Según Frithjof Schuon:

¿Qué es lo sagrado con respecto al mundo? Es la interferencia de lo increado en lo creado, de lo eterno en el tiempo, de lo infinito en el espacio, de lo informe en la forma; es la introducción misteriosa, en un campo de existencia, de una presencia que, en realidad, contiene y sobrepasa dicho campo y podría hacerlo estallar con una especie de explosión divina. Lo sagrado es lo inconmensurable, lo trascendente, oculto en una forma frágil de este mundo.

Por eso, Seyyed Hossein Nasr insiste sobre la urgencia de rescatar el sentimiento de sacralidad como base de toda espiritualidad:

Creo que, en este momento presente de la historia de Occidente, la palabra *sagrado* es esencial para reavivar la consciencia del mundo espiritual y de la Última Realidad. La palabra *espiritual* se ha vuelto demasiado difusa.

No está en la capacidad de la mayoría de nosotros alcanzar la santidad, pero sí podemos dirigir nuestra mirada hacia arriba y aspirar a elevarnos, aunque sea muy lentamente. Debemos ponernos en marcha, conscientes de nuestro destino, con constancia y sin prisa. Lo más importante es la *aspiración*, pero esta también se cultiva. Los Padres cristianos del desierto decían: «No es en absoluto lo que tú eres o lo que has sido lo que Dios mira, sino lo que deseas ser».

La oración, con palabras o silenciosa, es una actividad sencilla pero con un gran poder de transformación. Gandhi decía: «La oración no es una distracción ociosa para viejas. Correctamente comprendida y aplicada, es el más potente instrumento de acción», y también:

Pero ¿por qué rezar? ¿Acaso no sabe Dios, si existe, lo que ha ocurrido? ¿Se encuentra necesitado de oración para poder realizar su función? No, Dios no necesita ningún recordatorio. Él está dentro de cada uno de nosotros. Nada ocurre sin su permiso. Nuestra oración es una búsqueda del corazón. Es un recordatorio a nosotros mismos de que estamos desamparados sin su apoyo. [...] La oración es una llamada a la humildad. Es una llamada a la autopurificación, a la búsqueda interior.

Joan Mascaró escribe:

¿Cómo podemos distinguir la fe del fanatismo, una visión verdadera de una ilusión visionaria? «Por sus frutos los conoceréis». Visión y fe están por encima de la razón, pero aceptan la razón; ilusión y fanatismo están por debajo de la razón y rechazan la

razón. La razón superior acepta la visión y la fe, pero rechaza la ilusión y el fanatismo.

El mapa es muy distinto del territorio que representa, pero para encontrar el camino es muy necesario que el mapa sea mínimamente correcto. Que unos mapas sean falsos no implica que cualquier otro que los contradiga sea cierto. Para que sea correcto, deberá estar basado en lo que han explorado y estudiado los «geógrafos»: los santos enraizados en sus respectivas tradiciones.

A pesar de todo lo que se ofrece en el supermercado espiritual, no hay atajos en el camino. La constancia frente a todo tipo de obstáculos, la paciencia en los momentos de desaliento son siempre necesarias. El camino espiritual es obra de toda una vida. Según Krishna Prem:

La mejor madera es producida por los árboles de crecimiento lento. El que espere convertirse en un yogui en unos pocos meses o incluso en unos pocos años de práctica está condenado a decepcionarse y haría mejor en abandonar el empeño. Aquel, sin embargo, que tenga la sinceridad y la valentía de enfrentarse con todo lo que tiene dentro de él, la perseverancia para continuar su esfuerzo frente a todos los obstáculos interiores y exteriores, y la humildad de reconocer que todo lo que ha hecho es dar los primeros pasos de un formidable viaje, puede estar seguro de conseguir algo que no cambiaría por nada del mundo.

Sogyal Rinpoche:

Sin embargo, hay una importante fuente de esperanza en esta trágica situación: se pueden encontrar las enseñanzas espirituales de todas las grandes tradiciones místicas. Pero, desgraciadamente, hay muy pocos maestros que las encarnen, así como una casi total falta de discriminación en aquellos que buscan la verdad. Occidente se ha vuelto un paraíso para los charlatanes espirituales. En el caso de los científicos, se puede verificar quién es auténtico y quién no lo es, ya que otros científicos pueden verificar sus antecedentes y examinar sus descubrimientos. Sin embargo, en Occidente, sin las directrices y los criterios de una cultura de sabiduría pujante y completa, es casi imposible comprobar la autenticidad de los supuestos «maestros». [...] Lo más importante es no quedarse atrapado en lo que veo por todas partes en Occidente, la «mentalidad de supermercado»: ir de compras de maestro en maestro, de enseñanza en enseñanza, sin ninguna continuidad ni dedicación verdadera a ningún camino concreto. Prácticamente todos los grandes maestros espirituales de todas las tradiciones están de acuerdo en que lo esencial es dominar una vía, un camino a la verdad, siguiendo una tradición con todo nuestro corazón y nuestra mente hasta el final del viaje espiritual, permaneciendo al mismo tiempo abiertos y respetuosos con los conocimientos de las demás.

¿Existe Dios? ¿Se puede demostrar su existencia? En los últimos siglos en Occidente se ha llevado a cabo una feroz crítica hacia cualquier poder sobrenatural que no pueda ser demostrado racionalmente. Nada más allá del reino de lo mensurable puede ser demostrado inequívocamente, pero ciertos argumentos y símbolos resonarán con algunas personas. Wayne Dyer narra la siguiente parábola:

Dos fetos estaban en la matriz de su madre. Uno le preguntó al otro: «¿Crees en la vida después del nacimiento?» El otro contestó: «Desde luego. Tiene que haber algo

tras el parto. Quizás estemos aquí para prepararnos para lo que vayamos a ser más tarde». «Bobadas», dijo el primer niño. «No hay vida tras el nacimiento. ¿Qué clase de vida podría ser?». El segundo dijo: «No sé, pero seguro que hay más luz que aquí. Quizás andemos con nuestras piernas y comamos con nuestras bocas. Tal vez tengamos otros sentidos que ahora no podemos comprender».

El primero contestó: «Eso es absurdo. Andar es imposible. ¿Comer con nuestras bocas? ¡Es ridículo! El cordón umbilical nos da nutrición y todo cuanto necesitamos. Pero el cordón umbilical es muy corto. La vida tras el parto debe ser lógicamente negada. [...] Y además, si hubiera vida, ¿por qué no ha vuelto nadie? El nacimiento es el final de la vida».

«Bueno, no sé», dijo el segundo niño, «pero seguramente nos encontraremos con Madre y ella se ocupará de nosotros». El primero contestó: «¿Madre? ¿Crees de verdad en Madre? Eso es risible. Si Madre existe, ¿dónde está ahora?» El segundo niño contestó: «Está por todas partes alrededor de nosotros. Estamos rodeados por Ella. Somos de Ella. Vivimos en Ella. Sin Ella este mundo no existiría ni podría existir».

El santo contemporáneo Swami Ramdas nos asegura con toda claridad:

Dios es una Realidad viva. No es una alucinación o un mero concepto de la mente como muchos piensan. Los que dicen esto están completamente equivocados. Los científicos no pueden encontrar lo que es. Le quieren poner en un tubo de ensayo y averiguar qué es y qué no es. No, esa no es la manera. Dios es la Verdad. Hace treinta y tres años, Ramdas obtuvo la dicha de la unión con Él, y el contacto y la realización continúan hasta ahora y continuarán para siempre. Esto no es fantasía. Esto no es imaginación. Ramdas puede decir categóricamente que Dios es, y que es amor y gozo eternos. Esta es la experiencia de los sabios y santos a través de todo el mundo. Las gentes pueden decir lo que quieran, porque no saben. No le buscan, y por lo tanto no le encuentran. Debéis tener fe en las palabras de los santos que han experimentado la Verdad.

William Law explica la necesidad de la vida interior para cualquier conocimiento religioso válido:

Hallar o conocer a Dios en la realidad por pruebas externas, o por cualquier cosa que no sea Dios mismo hecho manifiesto y evidente en ti, no te ocurrirá nunca aquí ni más allá. Porque ni Dios, ni el cielo, ni el infierno, ni el demonio, ni la carne pueden ser cognoscibles en ti o por ti sino por su propia existencia y manifestación en ti. Y todo pretendido conocimiento de alguna de estas cosas, más allá de esta evidente sensibilidad de su nacimiento en ti, o sin ella, es solo un conocimiento como el que el ciego tiene de la luz que nunca penetró en él.

Y, a contracorriente de la «civilización de la información», asegura:

¿Qué necesidad tenemos de tantas noticias del exterior, cuando todo lo que atañe a la vida o a la muerte está ocurriendo y se desarrolla dentro de nosotros?

Para Mahatma Gandhi:

Las percepciones sensoriales pueden ser, y son a menudo, falsas y engañosas, por más reales que nos parezcan. Cuando hay una realización más allá de los sentidos, es infalible. No se demuestra por pruebas externas, sino por la conducta y el carácter transformados de aquellos que han sentido la presencia real de Dios dentro de sí. Estos testimonios se encuentran en las experiencias de una serie ininterrumpida de profetas y santos en todos los países y climas. Rechazar esta evidencia es negarse a

sí mismo.

El supremo objetivo de nuestra existencia en la Tierra es, en consecuencia, buscar nuestra patria perdida, nuestra verdadera naturaleza, nuestro Centro y Origen. Esta ha sido la más alta preocupación del ser humano a lo largo de toda su existencia. Desde la noche de los tiempos nos llega esta antigua plegaria védica que refleja la más honda aspiración del hombre:

De lo irreal llévame a la Realidad.
De la oscuridad condúceme a la Luz.
De la muerte, llévame a la Inmortalidad.